

ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

RAMON SOTOMAYOR VALDES

HISTORIA DE CHILE
BAJO EL GOBIERNO DEL GENERAL
DON JOAQUIN PRIETO

III

FONDO HISTORICO PRESIDENTE JOAQUIN PRIETO

SANTIAGO DE CHILE

1980

ésta al Callao mal parada y corrida, llevando la noticia de su derrota y el cadáver de su jefe principal, quien al emprender su última expedición, había prometido al Protector concluir en muy pocos días con la armada chilena. El cadáver de Blanchet fue trasladado a la catedral de Lima, donde se le hicieron pomposas exequias, con asistencia del Gobierno Norperuano y de las altas autoridades y corporaciones de la capital.

Fácil es calcular la impresión que debió de producir en el ánimo del general Santa Cruz la noticia de este nuevo descalabro ocurrido cinco días después de su desgraciada aventura del Buin, en pos de la cual habíase notado cierta tibieza e indecisión en el cuartel general del ejército de la Confederación. La verdad es que ya el Protector y sus consejeros íntimos habían perdido mucho del ardor belicoso con que desde Chiquián se lanzaran en persecución del ejército chileno, y al acampar en Yungay ya no pensaban en una batalla próxima, sino sólo en colocarse en una posición segura y de observación, procurando entre tanto privar de todo recurso al enemigo y obligarlo o a continuar una retirada desastrosa o a capitular como en Paucarpata (10).

En conformidad con este plan, preferido por Santa Cruz, habíanse armado partidas de montoneros en la provincia de Conchucos, sublevada por los agentes del Protector, un escuadrón con el coronel Pedernera y una columna de infantería habían partido del cuartel general con dirección a la costa para ocupar las vías y lugares por donde el ejército restaurador se proveía de recursos y comunicaba con su base de operaciones.

Hubo un momento, sin embargo, en que se creyó en el campamento de San Miguel, que el enemigo se ponía resueltamente en marcha para combatir. En la mañana del 16 de enero, en efecto, se vio que una fuerte columna de infantería y caballería avanzaba sobre aquel campo, y con este motivo los diversos cuerpos del ejér-

(10) Cuatro días después de la batalla de Yungay. *El Eco del Protectorado*, dando cuenta de este suceso, confesaba que, al situarse el Protector en Yungay sólo había querido establecer allí sus cuarteles de invierno y aguardar otra oportunidad para librar una batalla.

cito restaurador tomaron inmediatamente las armas y ocuparon sus puestos (11).

Pero la columna enemiga se detuvo a tres cuartos de legua de la línea de San Miguel, mientras el Protector y algunos jefes que venían con él, dirigían sus anteojos de observación al campamento de los restauradores, y se retiró enseguida a Yungay donde el Protector llegó refiriendo que, según el reconocimiento que acaba de hacer, la posición del enemigo era inexpugnable y estaba además defendida por grandes fosos, minas y obras avanzadas de fortificación (12). En realidad no existían estas obras de defensa en el campamento de San Miguel, y al darlas por existentes, lo que el Protector se proponía era cohonestar la tardanza y postergación que ya tenía meditada en orden a la campaña en que tanta actividad parecía haber desplegado en los últimos días. Sabía que el ejército chileno sobrellevaba una situación penosísima. Harapos eran sus vestidos; raro era el soldado que tenía zapatos; y lo peor de todo era la escasez de ganado y otros elementos de subsisten-

(11) "Entre los muchos rasgos de entusiasmo que han tenido lugar en esta campaña (dice Placencia en su Diario militar) no podemos pasar en silencio el que ha acaecido hoy (*el 16 de enero*) con los enfermos que estaban en el hospital de Caraz, cuyo número ascendía a trescientos. Estos valientes, luego que llegó a ellos la noticia de que el enemigo venía sobre nuestro ejército, la cual se difundió por toda la comarca con la rapidez del fuego eléctrico, sin más orden que el impulso que les prestaban sus extenuadas fuerzas, se vistieron, tomaron sus armas y mochilas, y muchos de ellos, apoyándose en sus fusiles, paso a paso y con la imagen de la muerte pintada en sus rostros, se encaminaban al campamento diciendo que quería morir por su patria y ayudar a sus camaradas. Un espectáculo tan tierno y tan propio de los tiempos heroicos de Atenas y Roma, ha excitado la admiración de los habitantes del pueblo y de todo el ejército, y nos ha hecho presentir que con soldados tan entusiastas y que buscan la muerte con tanta vehemencia como indiferencia, es imposible desesperar del triunfo donde quiera que se presenten los enemigos".

(12) Súpose en San Miguel lo que Santa Cruz decía haber visto en lo tocante al atrincheramiento de aquel campo, y con este motivo dice Placencia en su Diario militar: "Esta relación exitó la risa de los generales, jefes y oficiales del ejército, pues no existiendo dichas obras, ni aun el foso que correspondía a la altura del parapeto, colegimos desde luego que el anteojo protectoral no sólo tenía la calidad de aumento, sino la desconocida de *suposición*".

cia. Diversas montoneras enemigas dificultaban el acopio de víveres y amenazaban los pueblos de Huailas y Huacra próximos a San Miguel y donde el ejército chileno había establecido sus hospitales. Los coroneles Carrasco y Pedernera, despachados por el Protector con fuertes columnas sobre la costa, hacían sus correrías, llegando el primero hasta una legua de Nepeña, con el encargo de recolectar todo el ganado que encontrase y de propalar la noticia de reveses ocurridos al ejército restaurador, para lo cual y a efecto de mover contra éste la opinión de los pueblos, se forjaron partes y documentos en el mismo cuartel general de Yungay, llegando en algunos de ellos a designar el 17 de enero como la fecha de una derrota sufrida por aquel ejército (13).

Por otra parte la campaña argentina parecía haber cesado del todo, después del asesinato del general Heredia, y esto proporcionaba a Santa Cruz la esperanza de aumentar sus fuerzas con una parte, al menos, de las que guarnecían la frontera austral de Bolivia.

Por último, la estación del año había entrado en un período de extraordinaria crudeza, por la abundancia y frecuencia de sus lluvias torrenciales.

Pero si todas estas circunstancias contribuían a acentuar más y más en el ánimo contempORIZADOR de Santa Cruz, la resolución de no combatir o de postergar indefinidamente una batalla, en sentido contrario obraban en el ánimo de los jefes del ejército unido, para los cuales y en particular para los generales Bulnes y Cruz, era de absoluta necesidad empeñar cuanto antes un gran combate y buscar al enemigo, si este rehusaba tomar la ofensiva. Ello así quedó resuelto en una junta de guerra que en la tarde del 17 de enero se celebró en el alojamiento del Presidente Gamarra (14).

(13) Diario militar de Placencia.

(14) Afirmación de Placencia en el diario citado. El autor de la "Historia de la campaña del Perú en 1838" asevera que en esta ocasión "Gamarra y los demás generales peruanos creían preferible continuar la retirada hacia la provincia de la Libertad, donde suponían equivocadamente que existían los re-

En la noche de este mismo día un batallón enemigo con una o dos piezas de artillería amagó a la población de Huacra, y conjeturándose probable un ataque formal por esta parte situada al flanco derecho del campo de San Miguel, se mandó que el batallón Aconcagua pasase el puente de maromas que acababa de constituirse sobre el Santa y se situase en las alturas del otro lado del río. El peligro no pasó adelante, pues la fuerza que había amenazado a Huacra, se retiró al amanecer. El mismo día 18 una columna de cien hombres lograba dispersar un grupo como de mil montoneros, con que los vecinos de Conchucos alzados en favor del Protector, intentaban cortar las comunicaciones de retaguardia del ejército unido y caer sobre el hospital que este tenía establecido en Huailas.

Al fin el 19 de enero se impartieron órdenes, aunque con cierta reserva, a los jefes de los cuerpos, para que hicieran limpiar las armas y alistasen su tropa para marchar, a las tres de la madrugada del día siguiente, en busca del enemigo. No tardó el

cursos necesarios para la subsistencia de la tropa, y pareciales una obra temeraria asaltar a Santa Cruz en las fuertes posiciones que había adoptado en los alrededores de Yungay". "Bulnes y Cruz (añade), que pensaban de otro modo, convinieron en prepararse para la batalla, sin perjuicio de oír la opinión de una junta de guerra en que se manifestó unánimemente por los jefes peruanos la imprudencia de semejante medida" (pág. 379).

Para afirmar esto se apoya el autor de dicha Historia en antecedentes y testimonios que nos parecen muy dignos de respeto, por lo cual llega a decir que el coronel Placencia incurre en un error a *sabiendas*, cuando escribe en su Diario que los generales de la junta resolvieron unánimemente marchar en busca del ejército de la Confederación. "Esta es una de las muchas ocasiones (agrega el historiador) en que el coronel Placencia, con mengua de su alto crédito y distinguido talento, puso su pluma no al servicio de la verdad, ni de la historia, sino de la vanidad del pueblo peruano". El mismo historiador reconoce, sin embargo, que "el error de concepto que sufrieron el general Gamarra y sus distinguidos auxiliares, no afecta su justa nombradía, ni su reputación militar" (pág. 380).

Por nuestra parte creemos que si en la referida junta no hubo desde el principio uniformidad de pareceres, la actitud resuelta de los generales Bulnes y Cruz debió producir, al fin, como era natural, el acuerdo unánime en favor de un ataque inmediato.

secreto en ser conocido en todo el campamento. El mismo general Bulnes arengó a los soldados anunciándoles una batalla para pocas horas más tarde y provocando así el estallido de un júbilo extraordinario, puesto que el deseo de combatir estaba en todos los corazones. Harto había ganado, demasiado había apurado aquel ejército la efectiva, pero nunca bien estimada gloria del sufrimiento, que hace a veces que el soldado suspire por la gloria de morir combatiendo.

El Presidente Gamarra, el general Bulnes y el jefe del E.M.G. hicieron todavía personalmente un reconocimiento del camino que debían seguir, y con este objeto se adelantaron del campo hasta una legua de Yungay.

Demos una mirada a este itinerario y al campo del ejército protectoral. Frente a frente de San Miguel y de la pequeña población de Caraz, y a la distancia de tres leguas, hacia el sur, está el pueblo de Yungay delante del cual había tomado sus posiciones el ejército del Protector. El camino que media entre ambos lugares, está marcado y limitado por el caudaloso Santa, que corre por su costado occidental, y el cordón de los Andes, que va por el otro costado o línea oriental. El camino es ancho y de fácil tránsito desde San Miguel hasta dos leguas adelante; pero después se adelgaza y encajona a mano derecha, entre el Santa y un cerro alto y áspero que, desprendido y un tanto avanzado de la cadena de los Andes, presenta una buena posición para la defensa del camino y los terrenos contiguos. Este ribazo se llama cerro de Punyan y forma parte de una heredad del mismo nombre que se extiende a sus alrededores. Pasado este trecho angosto del camino, que es casi un desfiladero, se llega a un explaye un tanto ondulado, en medio del cual y en frente del cerro de Punyan, se alza un montículo aislado, de forma cónica, llamado Pan de Azúcar, y cuyas faldas y contornos presentan una pendiente tan violenta, que es caso de durísima fatiga al trepar hasta su cima. Un poco más adelante se halla cortado el terreno de oriente a poniente por el profundo barranco del torrente Ancach, que baja de los Andes y se vacía en el Santa. Al otro lado de este barranco, cuya pared izquierda es de una gran altura en casi toda su extensión, está pro-

piamente el campo de Yungay, en donde Santa Cruz situó el grueso de su ejército.

Es un espacio de terreno casi cuadrado, de catorce a quince cuabras en área, por cuyo centro continúa el camino real hasta el pequeño pueblo de Yungay y está limitado y defendido al mismo tiempo hacia el oriente por las crestas frágiles de un cerro que forma parte del sistema de los Andes; hacia el poniente por el río Santa, al norte por el mencionado Ancach y al sur por el pueblo de Yungay.

En la mañana del 20 de enero el campamento del Protector estaba organizado y distribuido en la siguiente forma: cinco compañías, compuestas de seiscientos infantes, con el general Quirós a la cabeza, ocupaban el cerro Pan de Azúcar, que como una plaza fuerte se presentaba dominando el camino real todo el terreno que a uno y otro lado se extiende correspondiente a la hacienda de Punyan. Al otro lado del río Ancach y tras un largo parapeto de piedra y barro, paralelo al mismo río, estaban desplegadas en batalla la división del general Herrera, que formaba el ala derecha, y la división del general Morán, que ocupaba la izquierda (15). En el centro y a retaguardia de estas dos divisiones, tres piezas de artillería y otra más colocada al extremo del ala derecha, sobre la falda del cerro que hemos dicho, limita y defiende por el

(15) La división de don Ramón Herrera constaba de los batallones 1, 2, 3 y 4 y de una columna de artillería, siendo boliviana toda esta fuerza. El general don Pedro Bermúdez era el jefe inmediato del número 3. Los batallones 1, 2, y 4 tenían respectivamente por comandante a los coroneles don Fructuoso Peña, sobrino de Santa Cruz, don Mariano Sierra y don Feliciano Dehesa. El coronel Pareja mandaba la columna de artillería. La división del general Morán componíanla cuerpos peruanos, pero comandados por jefes bolivianos. Allí estaban el Ayacucho, mandado por el coronel don Agustín Morales, que sería más tarde Presidente de Bolivia y asesinado en su presidencia; el Arequipa, mandado por don Jil Espino; el batallón Cazadores del Centro, a las órdenes del comandante don José Gabriel Téllez, general después y célebre ministro de la guerra en el gobierno de Belzu, y una mitad del batallón Pichincha, cuya otra mitad, a las órdenes del coronel Carrasco, se hallaba campeando a retaguardia de San Miguel para interceptar la comunicación del ejército restaurador con el puerto de Santa y el departamento de La Libertad.

oriente el campo de Yungay. Más al fondo y escalonado hasta cerca del pueblo de este nombre, desplegábanse dos cuerpos de caballería con 650 plazas, mandados por el general Pérez de Urdinenea. Detrás de esta fuerza había tomado el Protector su puesto de observación y de mando.

Se ve, pues, que este campamento apoyaba su derecha sobre las alturas más contiguas de la cordillera de los Andes, y su izquierda sobre el río Santa; que su frente estaba defendido en primer término por la plaza avanzada del Pan de Azúcar, luego por el barranco de Ancach y en último lugar por la barrera o parapeto de piedra que mencionado queda. Un puente rústico que servía para atravesar el Ancach, enfilando con el camino real, había desaparecido.

A juzgar por los datos y testimonios más dignos de fe, el ejército protectoral acampado en Yungay no bajaba de seis mil hombres (16).

A las cinco de la mañana del 20 de enero emprendió su marcha hacia Yungay el ejército unido restaurador. Formaban su vanguardia cuatro compañías de cazadores a las órdenes del comandante Valenzuela, otras cuatro del ejército peruano mandadas por el coronel Lopera, y un escuadrón de cazadores a caballo, yendo toda esta fuerza al mando inmediato del general don Crisóstomo Torrico. Seguía la primera división, compuesta de los batallones Carampangue, Portales y Cazadores del Perú, a las órdenes del general peruano don Juan Bautista Eléspuru. La

(16) En este punto los testimonios más importantes andan discordes. (Véanse *Historia de la Campaña del Perú en 1838*). La cifra de 6.100 que en el parte oficial de la batalla de Yungay y atribuyó el general Bulnes al ejército de Santa Cruz, no la creemos de modo alguno exagerada, mientras que el número de 4.052 hombres a que éste lo redujo en su manifiesto de Quito, implica una alteración y rebaja de la verdad. Y en este particular es muy digno de notarse que cuando el combate de Buin, es decir, 14 días antes de Yungay los boletines del cuartel general de Santa Cruz y *El Eco del Protectorado* afirmaron que el ejército con que el Protector iba persiguiendo al chileno, contaba de 7.000 nombres (*El Eco del Protectorado*, número extraordinario de 13 de enero de 1839).

segunda división componíanla el Valparaíso, el Colchagua el Huailas, recientemente formado, y seis piezas de artillería, bajo la dirección del general don Francisco Vidal. Formaban una tercera división los batallones Santiago, Aconcagua y Valdivia, y por último, los diversos cuerpos de caballería formaban una cuarta división, bajo el mando del general don Ramón Castilla. Constaba todo este ejército de sólo cinco mil doscientos sesenta y siete hombres, figurando entre éstos un contingente como de ochocientos peruanos, que formaban los batallones Huailas y Cazadores del Perú.

Apenas organizada la marcha, fue destacado el batallón Aconcagua para dominar las alturas del flanco izquierdo y particularmente el cerro de Punyan que, como ya observamos, era un punto asaz peligroso para un ejército en tránsito; y para el acierto de esta precaución marchó agregado al Aconcagua el coronel Ugarteche como conocedor muy práctico de todo aquel terreno.

El ejército continuó avanzando y atravesó sin novedad el trecho peligroso del camino, es decir, el desfiladero entre el Santa y el cerro Punyan, ocupado por el Aconcagua, que descendió luego por la quebrada que media entre dicho cerro y el Pan de Azúcar, y fue a reunirse al grueso del ejército, sufriendo sin contestar el fuego de las compañías bolivianas que guarnecían esta última altura. Advirtiéndose luego que una columna enemiga trepaba por la misma quebrada por donde había bajado el Aconcagua, lo que revelaba la intención de flanquear la izquierda de las fuerzas restauradoras; visto lo cual, el general Bulnes dispuso inmediatamente que el teniente-coronel López con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia y Huailas se apoderase de aquella eminencia y rechazara al enemigo.

Entre tanto el general Bulnes no había conseguido, a pesar de todas sus diligencias, formar cabal idea de la verdadera posición y arbitrios de defensa del campo contrario, del que distaba algunas cuadras, sin poderlo contemplar desde un punto conveniente. El general miraba a su izquierda los cerros de Punyan y Pan de Azúcar, al pie de los cuales y merced a lo quebrado del terreno y a la baldía vegetación que lo cubría, iban apareciendo columnas

enemigas, cuyo número no le era dado calcular. Miraba a su derecha las casas de la hacienda de Punyan, medio escondidas entre una masa de vegetación y donde era muy probable que se hallaran apostados en acecho algunos grupos del campo contrario. Cerca de estas casas había un ribazo que presentaba un lugar adecuado para observar el campamento del Protector. Bulnes se propuso apoderarse de esta colina y de las casas de Punyan, y al efecto destacó algunas columnas de cazadores que se apoderaron de aquellos puntos sin peligro, pues no hallaron enemigos, y apenas si una mitad de caballería que se divisaba al frente como en observación de los movimientos del ejército chileno, la que abandonó su puesto con sólo dos tiros de cañón que se le dispararon. Dueño ya de la casa y altura que acabamos de mencionar, pudo el jefe del ejército chileno reconocer "que a pocas cuadras de distancia se encontraba un barranco profundo de bordes muy escarpados, por cuyo cauce corre un pequeño río, que bajando de la cordillera, corta horizontalmente el terreno y se precipita en el Santa; que al otro lado de la barranca habían formado los enemigos un parapeto de piedra de bastante consistencia, apoyando su derecha a una altura de segundo orden contigua a la cordillera, y su izquierda al río Santa, cubriendo su centro un obús y dos piezas colocadas sobre el desfiladero" (18).

El general Bulnes se dio a entender que la línea enemiga estaba bien establecida y que el primer paso para empeñar la batalla general; debía consistir en atacar y rendir la plaza avanzada del Pan de Azúcar. Mas, antes de acometer tan arriesgada empresa, era preciso precaverse de las fuerzas enemigas que ocupaban a Punyan y de las que estaban en la base de este monte, dándose la mano con aquellas y apoyando a mismo tiempo a la tropa que guarnecía el Pan de Azúcar. El teniente-coronel López, que, según ya dijimos, había partido con tres compañías para dominar el Punyan, consiguió derrotar otras tantas enemigas en lo alto del cerro, obligándolas a descender precipitadamente. Al mismo tiem-

(18) Parte del general Bulnes sobre la batalla de Yungay, *Diario de Placencia*.

po el batallón Aconcagua, que tan cumplidamente había apoyado la marcha del ejército horas antes, era destacado de nuevo por el general Bulnes para cortar la retirada a la tropa que acababa de vencer López y barrer cualquiera fuerza contraria que encontrase entre Punyan y Pan de Azúcar. El Aconcagua, en efecto, se encontró a poca distancia con un cuerpo enemigo en la falda de la primera montaña, y haciendo sobre él un vivísimo fuego, logró pronto desalojarlo y apoderarse del terreno.

Partieron entonces las compañías de cazadores del Carampangue, del Santiago, del Valparaíso y la sexta de Cazadores del Perú, a las órdenes del comandante Valenzuela, acompañado del coronel peruano Ugarteche, y dirigiéndose resueltamente al temible reducto de Pan de Azúcar, dejaron comprender que llevaban el encargo de batirlo y ocuparlo. El ejército entero advirtió que iba a presenciar un espectáculo tan romanesco, como preñado de peligros, y fijó sus miradas en aquel escenario donde no había más alternativa que morir o vencer.

Eran las nueve del día y en el horizonte despejado y límpido reverberaba el sol, difundiendo un calor sofocante. Las columnas de asalto rodearon la base del cerro y por diversos lados emprendieron el difícil ascenso, y mientras el enemigo les lanzaba de lo alto una granizada de balas y de piedras y un cañón situado sobre el ala derecho del campo del Protector menudeaba sus fuegos, las músicas militares del ejército chileno llenaban los aires con los acordes de la canción nacional. Y era de ver cómo aquellos soldados atrevidos subían y subían por los costados casi inaccesibles de aquel terrible cono, asiéndose, ora a un arbusto, ora a un risco saliente, apoyándose algunas veces los unos en los otros y las más en sus propios fusiles, con lo que tenían que renunciar a la engorrosa maniobra de cargarlos y contestar al fuego enemigo" (19).

(19) Recordaremos que el fusil usual en aquel tiempo, era el imperfectísimo llamado fusil de chispa que se cargaba por la boca con el auxilio de la vara llamada baqueta. Fácil es comprender la dificultad de cargar una arma semejante en los momentos de trepar a gatas por una cuesta escabrosísima y violenta. En este punto el ejército boliviano llevaba una gran ventaja al chileno,

Así, y rodando y sucumbiendo no pocos en la tentativa, llegaron los asaltantes hasta el promedio del repecho, y amenazaban una trinchera de piedra que poco más arriba, sobre una ceja del cerro se divisaba, defendida por una columna avanzada; la cual al contemplar de cerca a tan osados y tenaces enemigos, desmoronó sobre ellos todo el parapeto que le servía de defensa y se corrió hacia arriba para juntarse con el resto de la guarnición de la meseta del cerro (20).

Cayeron nuevas víctimas; pero el ascenso continuó, como si el peligro y la sangre misma retemplaran los bríos de aquella gente que no anhelaba ya más, sino combatir cuerpo a cuerpo. Llegaron por fin al borde de la cima deseada, donde los aguardaban bien parapetados los soldados de Quirós. Al tocar la meseta del Pan de Azúcar, la tropa asaltante jadeando y cubierta de sudor y de polvo, iba más que diezmada. El heroico comandante del Carampague don Jerónimo Valenzuela y el sargento mayor don Andrés Olivares, habían sucumbido en el camino, y muertos o moribundos quedaban también en él los más de los oficiales, habiendo compañía que se encontró al fin sin más jefe que un sargento 2º. Una vez sentado el pie en quel último reducto, los asaltantes no estaban ya en situación de aguardar órdenes, ni de formar en línea regular, sino que impulsados por la avidez de combate y movidos como por un solo resorte, se precipitaron sobre las trincheras enemigas con tal ardimiento, que en pocos minutos fue rota y despedazada toda la columna contraria. Los soldados de Quirós, muy valerosos al principio, iban sucumbiendo rápidamente en aquella descomunal pelea; muchos cogidos del temor y ciertos de no hallar cuartel, se precipitaban y rodaban por las laderas del

pues en su táctica acostumbraba aquel poner en el fusil dos balas con cuyo peso y dando en la culata del arma uno o dos golpes sobre el suelo, quedaba la carga a punto. Puede asegurarse por tanto, que mientras el soldado chileno cargaba una vez su arma, el boliviano cargaba dos y tres veces.

Debemos este dato el señor don Antonio Barrera, que hizo la campaña de 1838 y 39 como teniente del batallón Portales, y es uno de los poquísimos y respetables sobrevivientes de aquella gloriosa expedición.

(20)Relación del señor Barrera.

cerro, donde los alcanzaba, sin embargo, el fuego de la tropa chilena, posesionada ya de la altura. Aquellos hombres esforzados que, a manera de tigres, acababan de trepar por las paredes de la empinada colina, tigres fueron también en la ferocidad del ataque. Las cinco compañías que guarnecían la cima del Pan de Azúcar (dice el parte oficial del general Bulnes, al terminar la breve relación de este terrible episodio) perecieron todas, y con ella el general Quirós, que las mandaba, un coronel y sus demás oficiales" (21).

La toma del Pan de Azúcar llenó de asombro y turbación al Protector, que creía inexpugnable aquella plaza y vio desconcertado su plan de defensa y ataque. Antes que la columna de Valenzuela pusiera punto a su hazaña, un batallón escogido (el N^o 4 de Bolivia) había salido del campo protectoral en auxilio de la guarnición del Pan de Azúcar. Este batallón dividido en dos partes, una de las cuales llevaba a su cabeza al más tarde célebre general y Presidente de Bolivia don Manuel Isidoro Belzu, atravesó el barranco del Ancach por un sendero practicado en la parte próxima a los cerros donde terminaba el ala derecha del ejército del Protector y donde se había colocado una pieza de artillería. Advirtiendo este nuevo peligro que amenazaba a los asaltantes del Pan

(21) Figuró en este célebre asalto la sargento Candelaria Pérez, incorporada en la compañía del Carampangue, mandada por el capitán Nieto, a quien aquella mujer profesaba particular afecto. Candelaria vio caer muerto en el repecho a su amigo, a todos los oficiales y numerosos soldados de su compañía; pero continuó subiendo valientemente con los demás, hasta llegar a la cima. Momentos antes (según refiere don Vicente Reyes en los apuntes biográficos ya citados) y cuando los asaltantes estaban todavía empeñados en la subida, y la guarnición de la cumbre les hacía nutrido fuego y con gran algazara y rechifla se burlaba de ellos, creyéndolos comprometidos en una empresa imposible, fue reconocida Candelaria por un antiguo enemigo suyo, que estaba entre los de arriba y tenía una bandera en la mano, el cual así que descubrió a la intrépida asaltante, se puso a insultarla groseramente. Candelaria continuó trepando con más resolución y animando a sus compañeros, y llegado que hubo a la cima, atacó, antes que a nadie, al hombre que acababa de insultarla, lo derribó y le quitó la bandera, y continuó en compañía de los suyos aquel tremendo combate.

de Azúcar, el general Bulnes destacó inmediatamente contra el 4º de Bolivia al batallón Colchagua comandado por el coronel don Pedro Urriola. A favor de unos espesos matorrales que cubrían el campo y que el enemigo había descuidado arrasar. Urriola pudo ocultar su tropa y sorprender al batallón enemigo, cuando ya iba muy cerca, con una descarga cerrada y tal, que hizo grandísimo estrago en sus filas. No perdió su formación, ni retrocedió un punto el batallón boliviano, sino que desplegando una heroica intrepidez, se lanzó a bayoneta sobre el Colchagua, hasta hacerlo vacilar; pero algunas compañías del Portales mandadas en apoyo de éste, restablecieron el combate en términos que el batallón boliviano huyó a guarecerse en las posiciones del otro lado del Ancach, pasando el barranco casi juntamente con una de las compañías del Portales, que obstinada en la persecución, se vio de repente sobre las trincheras del ala derecha ocupada por la división boliviana del general Herrera. La situación no podía ser más peligrosa; la única hazaña posible para aquel pelotón de soldados que se habían alejado en demasía de su centro de operaciones, habría consistido en morir peleando. Hubo soldado que encontrándose muy cerca de la trinchera enemiga, cogió por los cabellos a un oficial y lo sacó fuera de ella. La columna del Portales hubo de retroceder al fin y repasar el Ancach abrumada por los fuegos del enemigo.

En los momentos anteriores, cuando luchaban encarnizadamente el Colchagua y parte del Portales con el batallón 4º de Bolivia, cayó herido de muerte el general peruano don Juan Bautista Eléspuru, quien como jefe de la primera división del ejército restaurador, a la cual pertenecía el Portales, quiso conducir personalmente al combate y animar con su presencia a las compañías de este cuerpo que fueron enviadas en auxilio del Colchagua.

El general Bulnes creyó llegado el momento de empeñar la batalla general, y al efecto ordenó que los batallones Colchagua y Valdivia atacasen la derecha de los enemigos, y que el Portales siguiendo el camino real amagase el centro de las trincheras en que éstos se defendían. Era preciso atravesar el barranco del Ancach y avanzar a cuerpo descubierto. Entraron luego en la

línea de ataque el batallón Cazadores del Perú y una mitad del batallón Huailas. Un fuego vivísimo de fusilería y de cañón estalló en ambos campos desde los primeros momentos. Al lado derecho del Ancach quedaban como reserva toda la caballería chilena, situada sobre el camino real, y el batallón Santiago, a cuyo lado estaba impaciente y confiado al mismo tiempo el Presidente Gamarra, a quien el general Bulnes había suplicado que moderase su ardor belicoso y no expusiera sin necesidad su vida, que al cabo era la vida del jefe de la República. Estaban además en la reserva los batallones Carampangue y Valparaíso y la otra mitad del Huailas. Las pocas piezas de la artillería chilena, que también habían quedado en el campo de Punyan, colocadas convenientemente y dirigidas por su intrépido comandante don Marcos Maturana, hacían un fuego certero y nutrido, mientras la artillería enemiga perdía casi todos sus disparos.

El general Bulnes resolvió flanquear la izquierda del enemigo, que estaba apoyada en el río Santa, y confió este difícil trance a los batallones Carampangue, Santiago y una mitad del Huailas, que precipitándose en el foso del Ancach, treparon por su bordo opuesto cerca del punto donde el torrente desemboca en el río. Fue sostenido este movimiento por tres escuadrones de caballería y un cañón, a las órdenes del general Castilla. El fuego abarcó entonces toda la línea, multiplicando sus víctimas a medida que las columnas de ataque avanzaban más y más sobre las trincheras enemigas. Momento hubo en que el Portales, adelantándose a embestir los parapetos de la línea contraria, se encontró empujado con toda ella, y abrumado por el fuego y el cansancio, comenzó a retroceder, visto lo cual por los jefes del 3^o de Bolivia, hicieron que este batallón abandonase su trinchera y acometiese con las bayonetas al cuerpo que se retiraba. Bulnes, que observaba muy de cerca el combate y no quitaba ojo ni a los más pequeños incidentes, corrió hacia el Valparaíso, que estaba disponible, y poniéndose a su frente, atravesó con él el cauce del Ancach y lo envió en auxilio del Portales, cuyos soldados se rehicieron y reanimaron, a la presencia de aquel refuerzo. El Valparaíso, dirigido por su bravo comandante Vidaurre Leal, tomó inmediatamente el primer

lugar en el campo de la refriega y contuvo el movimiento de avance que, a ejemplo del 3^o de Bolivia, comenzaban a ejecutar otros cuerpos de la línea enemiga.

Entre tanto, por el mismo punto que acababan de atravesar las columnas de infantería encargadas de amagar la izquierda del ejército protectoral, discurrió el jefe del Estado Mayor don José María de la Cruz, hacer pasar algunos escuadrones de la caballería, que permanecía inactiva y como detenida fatalmente por el profundo barranco del Ancach. Atrevidísima era la empresa, pues apenas era dado a las caballerías desfilar de una en una por aquel estrecho paso. Fue uno de los primeros en ejecutar esta travesía el coronel don Fernando Baquedano, comandante-general de la caballería, el cual, arrastrado por su ardor marcial, no bien vio reunidas al otro lado del barranco unas cuantas mitades del primer escuadrón del regimiento Cazadores a caballo, se lanzó con ellas a la carga sobre la infantería enemiga. Acudieron en protección de ésta la escolta del Protector y los Lanceros de Bolivia, y contra toda esta fuerza fueron a estrellarse los jinetes de Baquedano, que acosados por columnas formidables y colocados en un terreno escabroso, lleno de zanjas y cercas, se desordenaron por completo y hubieron de replegarse en dispersión a su punto de partida. Acababan de reunirse allí el resto del primer escuadrón de Cazadores y el cuerpo de lanceros mandado por el capitán Palacios, en cuya compañía se rehicieron al momento las mitades que venían de combatir, y poniéndose al frente de ambos escuadrones el coronel Baquedano, que había sido herido, aunque ligeramente, en la refriega, emprendió nueva carga contra el enemigo y puso en fuga por de pronto a los Lanceros de Bolivia (22). Pero una gruesa reserva de ambas armas sostuvo a estos y obligó a Baquedano a replegarse de nuevo, a la sazón que el segundo y tercer escuadrón de Coraceros y el de Carabineros de la Frontera,

(22) "Entre tanto Baquedano, que había sido herido en la primera carga pero que no desmayaba, buscaba al coronel Lara, comandante del regimiento de Lanceros de Bolivia, provocándolo en alta voz a combate singular".—G. Bulnes. *Campaña del Perú en 1838*.

organizado y mandado por el teniente-coronel García Pizarro acababan de vencer el desfiladero del zanjón y de recibir la orden de acometer. Por tercer vez arremetió Baquedano; pero en esta ocasión con casi toda la caballería chilena, que desalojó a la boliviana de sus posiciones, la cual, confusa y desordenada, corrió a apoyarse en los más próximos cuerpos de infantería. "La simultaneidad, prontitud y arrojo (dice el general Bulnes en el parte de esta batalla) con que todos estos cuerpos, puestos a la carga, ejecutaron sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo. El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva y mezclada nuestra caballería con sus tropas de ambas armas. Entonces nuestra infantería, que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos, saltó por los atrincheramientos enemigos, rompió sus filás y los puso ya en completa y desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a Caballo, al mando de su comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyan y cargó oportunamente. La persecución fue tan violenta, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungay y en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo por todas partes sembrado de cadáveres contrarios".

El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Ancach dos generales y más de mil cuatrocientos soldados muertos, entre los cuales se encuentra un número considerable de oficiales; tres generales, nueve coroneles, ciento cincuenta y cinco oficiales de todas graduaciones y mil seiscientos soldados prisioneros, sin contar con las partidas de dispersos que diariamente se presentan; siete banderas, toda su artillería y parque, dos mil quinientos fusiles, cajas de cuerpo, botiquines y todo el material de su ejército, pudiendo asegurarse que sólo Santa Cruz ha escapado con algunos jefes bien montados y ciento y tantos hombres de caballería que fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados y heridos".

"Nuestra pérdida ha consistido en un general, dos jefes, once

oficiales y doscientos quince individuos de tropa muertos, y veintiocho oficiales y cuatrocientos siete soldados heridos...

"Entre tanto, considero un deber mío recomendar a V.E. al general jefe del Estado Mayor General, don José María de la Cruz, quien con una serenidad imperturbable ha dado colocación a las fuerzas y continuado su activo servicio durante toda la acción. Asimismo exige la justicia que haga una particular mención del mérito contraído en esta campaña por el coronel don Antonio Placencia, ayudante general comandante del Estado Mayor General, cuyos conocimientos y empeñosa contracción me han sido siempre de la mayor utilidad. Igualmente creo que debo hablar en este lugar de la consideración a que es acreedor el esforzado comandante del Portales, don Manuel García, que condujo su cuerpo al combate con una singular intrepidez y bizarría, acompañado siempre en lo más duro del choque por el valiente mayor Torres. Séame, por último, permitido pagar aquí un tributo de admiración y respeto a la memoria del benemérito y bravo general Eléspuru, del veterano y valiente comandante Valenzuela, del no menos denodado mayor Olivares y de once oficiales que han terminado su carrera ilustre con una gloriosa muerte en el campo de batalla" (23).

(23) Fue éste el primer parte que, a raíz de la victoria de Yungay dirigió el general Bulnes al Presidente Gamarra (Véase el Diario Militar de Placencia). Con este mismo parte comunicó al Gobierno de Chile el mismo suceso; pero añadió una mención especial en honor del general Gamarra, "con quien siempre de acuerdo (dijo) en todos los planes y movimientos y siempre celoso en la ejecución y desempeño de ellos, manifestó la mayor serenidad en todo el curso del combate y contribuyó poderosamente a su grande éxito".— (*Ejército Restaurador, 1837-1839*).

"El 22 (de enero) se mandaron quemar (dice Placencia en su Diario Militar) los cadáveres enemigos, que se habían reunido en número de mil doscientos treinta y siete, sin estar incluso los seiscientos que quedaron en Pan de Azúcar, que por lo escabroso del terreno no se pudieron bajar, ni los doscientos veintisiete que se encontraron en la distancia de una legua que hay de Yungay a Manco y cuya suma total asciende a dos mil cincuenta y cuatro. El número de caballos muertos de uno y otro ejército puede computarse en trescientos. Los doscientos quince cadáveres de nuestro ejército fueron enterrados

Seis horas duró este encarnizado combate. A las cuatro y media de la tarde los cuerpos de caballería perseguían a los enemigos en todas direcciones, consiguiendo reunir hasta ochocientos dispersos y apoderarse en Recuai de setenta cargas de vestuario del ejército vencido (24).

El Presidente Gamarra, testigo de la batalla y que como actor durante gran parte de ella, sin esquivar el peligro, había visto herido su caballo, proclamó lleno de júbilo en el mismo campamento de la acción, Gran Mariscal de Ancach al general Bulnes y dio el grado de general de división del Perú a don José M. de la Cruz.

Tanto Gamarra como Bulnes contrajeron sus primeros y más solícitos cuidados a los heridos de ambos ejércitos, a quienes hicie-

en Ancach. Se calcularon las municiones que se habían consumido, y se puede asegurar que se quemaron de una y otra parte más de seiscientos mil cartuchos de fusil...".

(24) No estará de más observar en este lugar cuáles eran los instrumentos de guerra usados en Chile y el Perú en la época que estamos narrando.

Tanto Chile como el Perú carecían de fábricas de armas de fuego para la artillería y la infantería y estaban en la necesidad de comprar estas armas al extranjeros. Aun para la reparación y compostura de ellas, era una dificultad encontrar "maestros armeros". El cañón de artillería se cargaba por la boca y se disparaba aplicando el *lanza fuego* a un mojón o pequeña porción de pólvora colocada en el orificio del cañón. El fusil y la tercerola eran igualmente toscos; se cargaban también por la boca, introduciendo la munición, esto es, la pólvora y la bala, con el auxilio de la varilla metálica llamada baqueta, y se disparaban usando el aparato o llave colocada en el extremo del cañón hacia la culata. Este aparato constaba de la *cazoleta* o pequeña pieza de metal, inmediata al oído del cañón, en la cual se colocaba la *ceba* (pequeña cantidad de pólvora); de otra pieza en que estaba afianzado un pedazo de pedernal convenientemente cortado en formas angulares, y de uno como eslabón de acero, dispuesto de manera que, moviendo un resorte (*gatillo*) debajo del aparato de la llave, chocaba el eslabón con el pedernal y quedaba al mismo tiempo descubierta la ceba, que recibía inmediatamente alguna de las chispas producidas por el choque y comunicaba el fuego al cañón. El fusil de fulminante, hoy día abandonado, era entonces una arma de lujo.

En cuanto al arma blanca (sables, lanzas, etc.), también la encargaban los gobiernos a las fábricas extranjeras, aunque en caso de necesidad no faltaban medios de fabricarlas dentro del país.

ron depositar por de pronto en el templo parroquial de Yungay (25). El cadáver del general Quirós fue sepultado con las solemnidades que las circunstancias permitían.

Bulnes proclamó el mismo día del triunfo a los soldados del Ejército Unido. "Cuando me dirigí a vosotros la última vez desde este mismo sitio (les dijo) os anuncié una victoria próxima y decisiva; y antes de quince días habéis conseguido la más espléndida y gloriosa que ha visto la América. Habéis luchado contra posiciones inexpugnables, vencido las elevaciones más escarpadas y pisado sobre las nubes para tomarlas. Habéis hecho todos más que vuestro deber y aun sobrepasado mis esperanzas. El golpe mortal a la Confederación está dado, el estandarte protectoral, las banderas de su guardia y cien trofeos más, se hallan en nuestro poder, y el Perú respira hoy día, y la América toda libre de inquietudes y zozobras, os saluda como a ¡los campeones y antemural de su independencia!...

Poco después el general Gamarra dirigía la palabra a ese mismo ejército en estos términos: "Soldados: vuestro heroico esfuerzo, superior a cuanto registra en sus páginas la historia militar, ha roto ayer sobre las formidables posiciones del enemigo, la cadena con que su atrevido jefe aherrojó al Perú por tres años, y pretendía ¡insano! sojuzgarlo para siempre...

"La Confederación Perú-Boliviana no existe sino como el

En lo tocante a la marina de guerra, Chile lo mismo que el Perú carecían de astilleros donde construirla, a pesar de que, bajo el régimen colonial, no fue raro se contruyeran barcos de guerra en Chiloé, en Valdivia, en el Callao, en Guayaquil y otros puertos de importancia militar. La libertad del comercio y la consiguiente facilidad de adquirir a precios relativamente bajos, buques extranjeros apropiados para la guerra, dieron margen a que los gobiernos independientes descuidasen los antiguos astilleros nacionales, y el arte de la construcción naval abandonada a empresarios particulares, que no podían competir con los constructores de países más adelantados, desapareció casi del todo.

(25) "Es digna de mencionarse la asidua comportación de los facultativos Green y Clarke, que contraídos al desempeño de sus deberes desde el principio de la acción, estuvieron solos veinticuatro horas sin intermisión, curando nuestros heridos y los del ejército contrario". Diario de Placencia.

recuerdo de sus ridículas aspiraciones y de aprobio. El Perú recobró ayer su libertad por el impulso de vuestros brazos, y os bendice como a los autores de su honra y de su dicha. ¡Qué gloria para vosotros!"...

Entre tanto era preciso perseguir los restos del ejército vencido, que en verdad no eran tan pocos, ni tan despreciables, como se lo imaginó el jefe del ejército restaurador en los primeros momentos del triunfo y como lo hizo entender en el parte respectivo. El coronel boliviano Sagárnaga, que había escapado con quinientos dispersos, fue a reunirse en Tarma con los generales Otero y Pardo de Cela, que tenían bajo su mano como quinientos reclutas y una no despreciable suma de dinero. El general Herrera había seguido la misma dirección y era claro que todos estos jefes llevaban la intención de reunirse a las fuerzas que aún quedaban en el sur del Perú y formaban el llamado ejército del centro, hallándose también intacta la división que allá en los confines de Bolivia tenía a raya al argentino y a cuyo frente acababa de ser colocado el general don José Miguel de Velazco.

En consecuencia el ejército vencedor marchó por escalones hacia Tarma y Jauja, llevando la delantera el general Torrico a la cabeza de los batallones peruanos Huailas y Cazadores del Perú. Durante esta marcha el general Armasa, que había escapado del campo de Yungay fue hecho prisionero y presentado a Torrico. Al día siguiente el general prisionero fue encontrado muerto en su cama, suceso de que se sospechó culpable a un oficial peruano (26). Poco después el general Herrera, enfermo, soli-

(26) Armasa fue uno de los dos generales que el parte de Bulnes dio por muertos "en la gloriosa jornada de Ancach". La vida de Armasa fue un tejido de aventuras harto singulares, en que la honradez y la moralidad *brillan por su ausencia*. Los historiadores de Bolivia le han imputado el asesinato del Presidente provisional don Pedro Blanco suceso desde el cual quedó íntimamente ligado al general Santa Cruz. "Este incidente fortuito (dice Placencia en su Diario, refiriendo la muerte de Armasa) ha dado lugar a conjeturas insidiosas que han desaparecido tan luego como se ha sabido el modo afable con que fue recibido por el general Torrico, y el permiso que obtuvo de pasar a curarse a Cajatambo, acompañado del físico del batallón núm. 2 de Bolivia".

citaba, por medio de un emisario, garantías para curarse, y Torrico le permitía generosamente atender a su salud y estarse tranquilo en Huancayo bajo su sola palabra de honor.

Al fin el 18 de febrero el ejército restaurador tomaba posesión de la provincia de Juaja y se escalonaba entre la ciudad de este nombre y Huancayo, ocupando las posiciones militares más importantes, desde las cuales se proponía el general Bulnes observar los acontecimientos y entrever las intenciones del gobierno vencido y desbancado, habiendo alcanzado en el espacio de un mes la sumisión de partidas enemigas, como la columna del coronel Carrasco, que tres días después del combate de Yungay se entregaba en Caruhas al vencedor, y de diversos jefes y oficiales, como el general Macedo, el coronel Sagárnaga y doce individuos más, entre jefes y oficiales, todos los cuales se sometieron al coronel Lopera en Ayacucho.

Entre tanto el Presidente Gamarra, que se había dirigido al departamento de la Libertad, se reunía el 7 de febrero en el puerto de Huacho con el general Lafuente, y acordaba con éste un plan para marchar sobre Lima. El batallón Trujillo y una columna chilena de doscientas a trescientas plazas que Lafuente había traído a Huacho, debían continuar a Chancay para unirse a un cuerpo de caballería mandado por Coloma y juntos emprender la ocupación de Lima.

El 16 de febrero el general Lafuente, después de juntarse en Chancay con la caballería, se encaminaba con toda su división a la ciudad de Lima, dejando en Huacho al Presidente Gamarra. Ya por este tiempo ambos generales sabían y era notorio en diversas poblaciones del Nor-Perú, que el Presidente Riva Agüero había abandonado la capital, dejándola apenas con una guarnición de 400 hombres, entre infantería y caballería, a cargo del general Vijil, y que el general Morán, escapado de Yungay con una partida de caballería, atacado, deshecho y herido en el camino por una columna de la división de Lafuente, había logrado encerrarse en los castillos del Callao, guardados por mil doscientos hombres de todas armas.

Al aproximarse Lafuente a la capital se retiró Vijil con sus